

CAMILO JOSÉ
CELA

LA ROSA



Las memorias de la infancia del gran Premio Nobel. Desde un prisma nostálgico y a través de la inmediatez y de la cercanía del diálogo y de una prosa casi poética, Cela nos traslada a sus primeros años de vida, a su casa —estación de ferrocarril—, a los nítidos recuerdos de su infancia en una Galicia rural; memorias familiares desde la inocencia y la ilusión de un niño, y la ironía, el humor y la sabiduría de uno de los mayores nombres de nuestra literatura española. Yo nací nieto de ferroviarios y con la cama de mi madre retemblando por el paso del tren. En mi casa echaron las campanas al vuelo cuando decidí haber nacido macho y no hembra: el primero y uno de mis escasos éxitos familiares.

*A mi madre, sin cuya colaboración no
hubieran podido escribirse estas páginas.*

Dunno what to call him, but he's mighty lak'a rose.

FRANK L. STANTON

PRÓLOGO EN FORMA DE APARENTE DIVAGACIÓN

Esa fuente del dolor, llamé a la memoria en ocasión no distante¹¹, ese hondo pozo del que pueden estarse sacando cubos de dolor durante toda una vida. La memoria es dolorosa y amarga como el espejo que nos devuelve la faz de la niñez y de la adolescencia, la faz pálida y enferma —quizá bellamente enferma y misteriosamente pálida— que no queremos ver.

No; recordar no es volver a vivir: es todo lo contrario. Ninguna vida deleita con su recuerdo. Alguna puede emocionar. Alguna otra puede llenarnos de nostálgica poesía. Pero todas las vidas, incluso aquellas que pudieran parecernos más bellas y rectilíneas, están henchidas de desgracia, están decoradas con el muerto papel pintado de la renuncia.

Recordar es saberse morir, es buscar una cómoda y ordenada postura para la muerte, esa muerte que ha de llegar precisa como un verso de Goethe, indefectible lo mismo que el cauteloso fin del amor, inexorable e idéntica al minuto postrero del condenado que sabe bien que el indulto se perdió en la mar sin oriente de las buenas y más ineficaces e ingenuas intenciones.

Mienten los que, al ver un niño, dicen: «¡Dichosa edad! ¡Quién pudiera volver a los diez años!». No; los diez años no sirven más que para quienes los viven y en el instante preciso en que los viven. Pero no sirven, ¡ay!, para recordarlos. Ninguna edad presta bienestar al recuerdo.

Los libros de memorias son bellos en el sentido en que pueda serlo una florecilla silvestre de galana color y olor hediondo. He leído bastantes libros de memorias, quizá muchos libros de memorias, todos los que han caído en mis manos, y ninguno me ha dejado en el alma más lección que la de la fatal conformidad. El «a lo hecho, pecho» muy bien pudiera ser la amarga constante de los libros de memorias. Querer intentar lo contrario sería una empresa, loco propósito, una meta que no debemos obstinarnos en querer alcanzar. Si no se puede lo que se quiere —decía Leonardo de Vinci—, se debe querer lo que se puede.

El sentido de la propia limitación es la primera señal de la inteligencia. Y el querer cantar y volar como los pájaros, sin tener la garganta y las alas que tienen los pájaros, es el primer síntoma de la locura o de la insensatez, esa demencia para uso de hijos de familia sin una excesiva imaginación.

La memoria, precisamente, nos recuerda que todo en este mundo acabó como el rosario de la aurora. El más puro ideal se vio siempre lastrado por el exigente y acuciador estómago del idealista. Sólo los héroes y los santos, que son la violenta excepción, han podido luchar —flor de ascética histeria— contra la necesidad de comer caliente todos los días.

Pero los libros de memorias, si acres y desabridos, son también aleccionadores y morales, a veces incluso con sobrada crueldad. Los libros de memorias han de ser —suelen ser— un tratado de consciente humildad, un compendio de desnuda, de descarnada sinceridad. De nada vale vestir con el brillante oropel que todo quiere taparlo, el mondo y lirondo montoncillo de huesos del recuerdo. La memoria sirve al examen de conciencia, al recuento de los buenos pasos y de las malas pasadas. La ficción no sirve sino a otros géneros literarios diferentes.

Suele ser costumbre escribir los libros de memorias al final de la vida, cuando la muerte se sabe ya cercana y el áni-

mo se siente dispuesto al resignado y suplicante balance de los tiempos que fueron. A mi juicio, es una mala costumbre o, cuando menos, no una costumbre buena, una costumbre que se deba seguir con los ojos cerrados. Los libros de memorias pueden muy bien, incluso deberían siempre, escribirse sobre la marcha, sin esperar a que la memoria se aje, se pierda o se confunda, sin aguardar tampoco a cumplir esos problemáticos setenta u ochenta años que nadie sabe si llegaremos a cumplir. Los libros de memorias son un poco el cuaderno de bitácora de nuestro incierto o decidido navegar, de nuestro navegar que, a veces, no rinde viaje en el puerto que se pensaba, sino que termina de mala manera y en medio de la mar abierta.

La experiencia, de otra parte, ese favor que se exige al escritor de sus propias memorias, no es tampoco, contra lo que pudiera parecer a primera vista, el sedimento de los años, sino el poso del dolor. El que sufre, según nos dijo Cicerón, tiene memoria. La edad del dolor, la hora del sufrimiento, no es la de la vejez: es la de la juventud que se pierde, es la de la primer cana, la del primer puente en la dentadura, la del primer hondo surco en la frente, la del tiempo en que uno quisiera llorar con desconsuelo y sin fin.

La vejez suele ser cínica y acomodaticia, egoísta y poco respetable. Nadie pierde la vergüenza con más facilidad que un viejo que se agarra a la vida con desconsideración y que sería capaz de las mayores abyecciones por prolongarla unas semanas. La vejez marca los años en que el hombre quiere justificarse, disculparse, pedir perdón. Y esos años postreros, esos años que se viven casi de regalo y un poco como de prestado, no son buenos para la sinceridad; suelen venir viciados por la decepción, por el mal humor, por el artrismo y por el miedo.

No todos los viejos escriben sus memorias —y en España menos que en lado alguno—, pero sí todos los jóvenes que mueren jóvenes se van para el otro mundo sin tomarse

la precaución de contarnos lo que vieron, lo que sintieron y lo que les hicieron padecer.

Por sentirse respetuosos con el tabú de la edad, nos dejaron sin su propia experiencia Garcilaso y Bécquer, el conde de Villamediana, Larra, Ganivet, García Lorca y todos los que se murieron antes de lo previsto. Bien mirado, nos hicieron un flaco servicio.

Naturalmente, estamos muy lejos de pensar que han de ser los escritores y los hombres públicos —y sólo los escritores y los hombres públicos— los encargados de redactar los libros de memorias. Un zapatero que haya sido testigo de algo interesante o curioso puede escribir un libro de memorias que no le vaya a la zaga en importancia, al del poeta, al del novelista o al del político. Un sargento, un totererillo de plaza sin enfermería, un músico callejero que quiere hablar con sinceridad de lo que ha visto —si ha visto algo— nos puede dar más luz sobre un momento determinado que diez gruesos y farragosos tratados de historia.

La gente, sin embargo, teme a las memorias como teme al testamento o a la confesión. Y como temen, algunos, a la entrada en la Academia. Quizá este miedo sea algo bastante parecido al pudor, un sentimiento del que nadie podría decir si es insano o conveniente, sencillo e instintivo o deliberado e intelectual. Verdaderamente, ante todos los pudores se plantea la misma duda, idéntica disyuntiva.

Mi padre, que es hombre al que juzgo valiente y con ingenio, se me negó en absoluto a escribir sus memorias cuando yo le animaba a emprender la tarea. Yo creo que tendría muchas cosas que decir y muchas anécdotas que contar, pero es evidente que no le da la gana. Está más allá de los setenta años, ha sido testigo presencial de mil acciones grandes o pequeñas, vio cinco guerras, sufrió una revolución y docena y media de revolucioncillas, engendró doce hijos, crió y colocó a siete, padeció todos los regímenes políticos posibles, vive joven y animoso, tiene claro el recuerdo y no le faltan ganas de trabajar. Yo creo que está en

óptimas condiciones para escribir sus memorias, pero se niega en redondo a hacerlo.

La actitud de mi padre, sin embargo, no me causa extrañeza, la considero la actitud normal. No es el miedo a la muerte lo que frena las plumas: es el miedo a la vida, el miedo a volver sobre los pasos ya andados.

Porque los pasos que se anduvieron, insisto, no suelen ser bellos y amables, sino amargos y transidos de dolor.

El Dante tiene un bello verso —en medio del camino de la vida— que pensé utilizar para título de estas memorias. Cuando estas líneas aparezcan, yo acabaré de estrenar los treinta y cuatro años^[2]. A mi edad le cabe, como anillo al dedo, el sentido del verso de la Divina Comedia. En medio del camino de la vida, los años transcurridos permiten que las cosas se vean ya con cierta perspectiva, y los años por transcurrir —esa cuenta cuyo precoz fallo no puede ni debe importarnos dan el lastre y el aplomo necesario para no desorbitarlas.

Si hay edades críticas en la vida de los hombres, no hay duda que ninguna llega a serlo tanto como la que tengo mientras esto escribo. La niñez está tan próxima —o tan lejana— como la vejez, y a lo ya vivido espera la igualdad e incógnita contrapartida de lo que falta por vivir.

Cuando tenía diecisiete o dieciocho años, miraba a los treinta y cuatro como una meta perfecta, como una meta que, tras alcanzarla, podría ya permitirnos una muerte tranquila y veloz. Mi presunción venía viciada por la extrema juventud. Hoy veo las cosas de muy distinta manera y quizá no por miedo a la muerte, como pudiera parecer, sino por un miedo no demasiado explicable a dejar las cosas a medio hacer: esas cosas que después siempre se quedan, fatalmente, a medio hacer.

En medio del camino de la vida pudiera ser un título de cierta exactitud e incluso de cierta hermosura, pero quizá demasiado literario, excesivamente libresco. Las memorias no son un género literario puro —como pudiera serlo la no-

vela o la poesía—, y los títulos de los libros de memorias, por tanto, permiten menos licencias, menos arabescos y florituras. Después hablaré un poco de esto de los títulos.

Siempre he sentido respeto, o al menos un mínimo respeto, por la relativa pureza de los géneros literarios, en la que, de otra parte, tampoco he creído nunca demasiado. A veces, este respeto no me dio resultado eficaz y sí me produjo, en cambio, desazones y quebraderos de cabeza. Entonces procuré olvidarlo y dejar que las cosas salieran por donde pudieran. Si mi táctica fue buena o mala, acertada o errónea, es cosa que yo no sé. A mí me sirve.

Digo esto a cuenta de que los libros de memorias se me antojan de sustancia diferente que las biografías o, apretando más, que las autobiografías. La memoria no abarca toda la vida, sino que está limitada por una serie de cortapisas y de barreras infranqueables. La biografía engloba al libro de memorias, es más amplia, más precisa, más rigurosa. En otro sentido, podrían decirse las cosas al revés: el libro de memorias engloba a la biografía, porque la propia vida no es más que una parte, una mínima parte de todas las vidas que nuestra memoria recuerda.

Sea lo que fuere, lo que sí parece probable es que el libro de memorias es menos científico, más arbitrario que la biografía. Su orden no requiere de tanta exactitud y podría imaginarse como un portillo abierto sobre el corazón que se quiere confesar de una manera quizá un tanto turbulenta.

Al libro de memorias, bien mirado, se le exige más concisión y menos teoría, más anécdota y menos interpretación. Salvo desde la pura esquina de lo literario, a nadie importa —a ningún lector de libros de memorias— qué es lo que le pasó al autor antes de comenzar la vida que puede justificar sus memorias. Al redactor de sus propias memorias se le exige —a mí me parece que con harta razón— que cuente lo que le pasó en su oficio y lo que vio mientras lo pudo ejercer. El lector de libros de memorias quiere co-

nocer la historia que no se le suele servir y pide a esos libros que no le defrauden con vanas especulaciones. Al torero, al político, al escritor, al maestro de esgrima, al militar que escribe sus memorias se le pide que cuente sin rebozos, de una manera directa, sin afeites ni adobos de clase alguna, las horas que vivió en el ruedo, en el gobierno o en la oposición, en el mundo de los periódicos, los ateneos y las editoriales, en la plancha o en el campo del honor, en las batallas y en los prólogos y los epílogos de esas batallas. Lo que a estos hombres haya podido acaecer antes de ser novilleros, o directores generales, o emborronadores de cuartillas, o aprendices, o tenientes; esto es, lo que a estos hombres haya podido suceder de niños y de adolescentes, antes de iniciarse en el oficio que llenó sus vidas, es algo que sólo interesa de pasada y de una manera muy relativa: es algo que sólo sirve para presentar o enmarcar al personaje y que no debe pasar jamás de ahí.

Ahora bien, esta a modo de previa presentación, aunque somera, es, a mi juicio, si no de todo punto necesaria, sí muy conveniente. Las cosas se entienden mejor no viéndolas aisladas, sino en relación con el mundo en que se desenvuelven, y con el estado, bonancible o tumultuario, cariñoso o repleto de oprobio y de indignación, desde el que el actor inicia su caminar.

Por eso he creído conveniente tomarme, como me he de tomar, esta licencia que me permite situar al personaje C. J. C. en el medio desde el que arrancó, un medio del que, ciertamente, no puede quejarse. Ni tampoco lo hace.

Yo sé muy bien todo lo que en mi personaje de hoy hay de heredero o de aprendido en sus primeros años. Y el lector, si yo no se lo digo, corre el riesgo de quedarse sin saberlo. Un riesgo, sin duda, que no debe preocuparle demasiado, porque se puede vivir muy feliz sin saber quiénes fueron Fernando el Católico, o Cristóbal Colón, o Napoleón Bonaparte. Pero, en fin, puestos a averiguarlo...

Yo tengo, como pienso que tendrán todos los escritores, mis normas o mis preferencias, simplemente, para la titulación. La titulación con desnudos nombres propios se me antoja caduca, pasada; obedece, a mi juicio, a un momento literario pretérito: *David Copperfield*, o *Armancia*, o *Madame Bovary*, o *Pepita Jiménez*, o *Ana Karenina*, son nombres de novelas del XIX, de grandes novelas, sin duda, pero tituladas con una técnica que ha envejecido.

El título, de otra parte, precisa de mayor complejidad: la suficiente para que sea, realmente, un título y lo bastante equilibrada para que ese título no pierda claridad. Los títulos, a mi entender, han de ser fáciles de recordar, llamativos, sencillos, alusivos, no excesivamente poéticos y sin signos ortográficos. Lo que acabo de decir, sin ánimo —créame— de pensar que he descubierto la pólvora, parece un acertijo, aunque no lo sea. Me refiero, como es fácil ver, a los títulos de novelas o a los de memorias, que con menos adornos, menos afeites y menos virguerías, casi pueden titularse como las novelas. En los libros de poesía, a la titulación le está permitido volar por aires más inciertos o misteriosos.

Los títulos de una sola palabra están llenos de peligros; se apoyan no más que en el ingenio, y el ingenio, que obra por condensación, se pierde si esa condensación se quiere apurar demasiado: *Pan* o *Hambre*, de *Hamsun*; *Pequeñeces*, *Canguro* o *Ulyses* no son títulos buenos; son títulos, en general, inferiores al texto al que designan.

Es curioso pararse a ver que los títulos de una única palabra ganan en belleza con la sola anteposición del artículo: *El fuego*, de *Barbusse*; *La busca*, de *Baroja*; *El idiota*, de *Dostoievski*, son títulos bellamente concretos, elegidos con sabiduría.

Los títulos con signos ortográficos son malos siempre: *Quo vadis?*, ¡*Qué verde era mi valle!*, *Esas nubes que pasan...*, no son títulos decididos en un momento de inspira-

ción. Las comas, los puntos suspensivos, los signos de interrogación y de admiración son elementos de los que se debe prescindir.

Los títulos de la novela neorrealista americana tampoco son de lo mejor. Les sobra intención —una intención casi nunca necesaria—, no son claros ni fáciles y vienen a resultar con frecuencia excesivamente nostálgicos y sensibleros: Por quién doblan las campanas es una buena novela presentada bajo uno de los títulos peores. A la sombra de las muchachas en flor, de Proust, que nada tiene de americano ni de neorrealista, es bello, pero impreciso y complicado.

No creo que haya leyes fijas sino, en todo caso, leyes aproximadas para esto que pudiéramos llamar técnica de la titulación. Lo que quizá sí haya sean modas o preferencias, que evolucionan con los tiempos y cambian con las personas.

Uno de los hombres que mejor tituló jamás en España —me refiero a Pío Baroja— nos muestra un catálogo lo bastante amplio para complacer al aficionado más exigente.

Estos breves escarceos estéticos se me han ocurrido a cuenta de la titulación de estas páginas. En medio del camino de la vida quiebra por poético. La imprecisión, para no confundir, ha de ir aliada con la brevedad. De otro lado, En medio del camino de la vida —además del defecto que le veo y que ya dejé dicho al tildarlo de literario y libresco —, recuerda demasiado directamente a Desde la última vuelta del camino, un bello título de libro de memorias, bello en su autor y en la intención de su autor.

A estas páginas, que no pueden ser amables, aunque procuraré quitarles acritud, las he titulado La cucaña, por evidentes razones de semejanza y de parentesco entre ese juego cruel y la vida literaria española; casi estaría por decir que el paralelo podría establecerse no con la vida literaria, sino con la vida española en general, la vida de la calle, la vida que late, con amargor y con paciencia, en cada pulso, en cada frente, en cada mirar.

La vida española —la vida literaria española, que de la otra no me he de ocupar sino muy de pasada— es una larga y reciamente plantada cucaña que se levanta en medio de la plaza pública, con la superficie engrasada a conciencia —para que nos escurramos—, frotada con hojas de ortiga —para que nos rasquemos— y conectada con los cables de la luz para que, a ser posible, nos muramos electrocutados.

El público, que es el mismo pueblo que —deliberadamente maleducado por sus gobernantes— se refocilaba con el garrote cuando el garrote era el más emocionante y barato espectáculo, rodea la cucaña, rugiendo, y escupe y tira piedras al escalador.

A pesar de todo, los escritores sacamos fuerzas de flaqueza y procuramos alcanzar el salchichón que cuelga de su extremo; un salchichón escuálido, reseco y de carne de burro, que quizá no merezca demasiado la pena ir por él.

Pero no hay otro. No vale lamentarse.

Estas memorias, si los hados y los vientos le son propicios, van a publicarse ahora en forma de libro, que es la que más conviene a la letra impresa. Ignoro, cuando esto escribo, hasta dónde abarcarán en su conjunto, aunque sé bien que en este su primer tranco —que quizá conste de tres o cuatro tomos— no han de llegar más acá del día de San Camilo de 1936.

El primer libro de Infancia dorada, pubertad siniestra, primera juventud se llama, como el lector —que lo tiene en su mano— podrá ver, La rosa. El segundo se titulará Castillo en el aire; el tercero, La flor sin belleza y el cuarto, si llega a madurar, La hoguera. Si sale alguno más, ya se bautizará a su tiempo.

Sobre la guerra civil escribiré mi novela, si Dios me da vida, dentro de quince o veinte años. Para entonces quizá redacte también el segundo tranco (de los tres de que constarán) de mis memorias —con la posible y saltarina ex-

cepción a que más abajo aludo—, de estas páginas que ahora empiezan a aparecer bajo la general denominación de La cucaña. Queda para entonces el definitivo bautismo de cada uno de los dos que faltarán para que su conjunto pueda considerarse como completo. Por si, andando el tiempo, me sirvieran, apunto aquí ahora, con carácter provisional y para no olvidarlos, los títulos que pudieran llevar: II, El río de los desengaños; III, El pozo de los desengaños. Esta tercera etapa quizá vaya dividida en dos singladuras: El jardín de Academos y el desollador de rabos de buey y Bandera blanca o no es triste la vuelta a la tierra. Un poco larguillos son pero, en fin, de aquí a entonces, quizá se depuren y adelgacen. El jardín, etc., puede ser que lo escriba a continuación de Infancia dorada, etc. El segundo tranco, para mejor ocasión, para esa coyuntura que, al paso que vamos, muy bien pudiera ser que no se me presentara en vida.